

Guitard, Odette. **Apartheid**. México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 169 pp.

Fascinantes tierras con exóticas culturas fueron las que en África Austral encontraron y se apropiaron los aven-

tureros llegados de una Europa transformadora y ambiciosa. Hoy, con los logros tecnológicos y militares más avanzados del continente, la tiranía blanca niega la libertad política a la mayoría negra, integrada por bantúes, y la divide en ocho grupos étnicos y confirma a diez reservas nacionales (*homelands*). Este grupo social forma el 70% de la población. Un 13.5% está formado por descendientes de esclavos asiáticos que llevó la Compañía de Indias Orientales.

Los de pigmentación epidérmica blanca, que llegaron para quedarse, someter, explotar y enriquecerse, se reservan hasta la fecha el derecho al poder político y económico. Están divididos en dos grupos, según la lengua oficial que hablen; el afrikaans, derivada del neerlandés, o el inglés. En conjunto representan el 16.5% de la población y son los beneficiarios de las riquezas del subsuelo, el suelo y las industrias. En 1948 institucionalizaron el sistema de segregación racial *apartheid*, conocida teoría que esgrime un desarrollo separado de la sociedad blanca de la no blanca. Los autores de esta teoría debieron haberse inspirado en Aristóteles y Montesquieu que justifican la esclavitud y subordinación de ciertas razas, combinado esto con el pensamiento de Hobbes y Locke que tomaron un punto de vista diferente: "los hombres en su estado de naturaleza son libres, pero el goce de esta libertad depende de su poder de asegurarla". Creo, sin embargo, que en última instancia el *apartheid* se aviene mejor con Aristóteles, quien pensaba que los esclavos contribuyen para que su amo viva mejor y se dedique a la vida contemplativa y a la causa política, diferenciando a los artesanos como instrumentos inanimados dedicados a la producción.

Los blancos tienen sus partidos políticos que son: juventudes neofascistas (OPANAL), Partido Nacionalista, Partido Sudafricano y Partido Unido, que dan legitimidad al Estado con leyes electorales excluyentes, es decir, que no todos pueden votar. Los negros que tienen derecho al sufragio (muy pocos) encuentran otro tipo de restricciones. Existen en Sudáfrica algunas organizaciones más, como la Oficina Africana de Asuntos Raciales que justifica al *apartheid* como preservación del poder de los blancos, así como sindicatos de campesinos y obreros blancos afiliados al racismo.

La legislación laboral acumula medidas discriminatorias contra los bantúes. Sin embargo, las mismas protegen a los trabajadores blancos en cuanto a salarios, jornadas de trabajo y seguridad social para las tareas calificadas. Los negros no tienen acceso a esas labores, llamadas "trabajos civilizados". Como consecuencia de la legislación laboral, los bantúes egresados de las universidades que no encuentran trabajo adecuado a sus capacidades en la comunidad blanca, se sienten frustrados y se convierten en defensores de sus derechos, liderando a sus coetáneos.

"El primer ministro Werwoerd, a principios de los años sesenta — dice Guitard — reveló ante el Parlamento su gran visión", de crear ocho bantustanes, que finalmente fueron diez. Su objetivo era formar una confede-

ración o constelación de Estados negros agrupados alrededor de la República, otorgando a cada bantustán su autonomía interna. El conjunto de las patrias negras abarcaría 166 mil Km², frente a más de un millón de Km² de la patria blanca que por supuesto dispondría de todas las riquezas minerales, puertos, ciudades e industrias.

La política de descolonización interna de Pretoria se inició con Transkei, que desde 1963 se autogobernó y adquirió su independencia en 1976; le siguieron Bofuthatswana en 1977, Venda en 1979 y Ciskei en 1981, todos sin reconocimiento internacional.

En la República Sudafricana se han organizado partidos políticos en resistencia al *apartheid* como el Partido Progresista que consideraba la necesidad de compartir el poder con los demás grupos étnicos y se unió al Partido Reformista. La oposición liberal aceptaba el principio del sufragio universal para todas las razas. Por supuesto, no tuvo éxito, ya que en 1968 se votó por una ley que prohibía las organizaciones plurirraciales.

Hacia mediados de los setenta, el triunfo de los movimientos de liberación en países limítrofes como Mozambique, Angola y Zimbabwe reforzó el resentimiento de los sometidos de África del Sur.

La situación de los mestizos, por otro lado, es menos dramática que la de los negros. Sin embargo, también sufren la discriminación y su participación política es mínima comparada con el poder de los blancos.

La diplomacia multilateral ha rechazado el *apartheid* desde sus inicios y la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas ha trabajado incansablemente sin obtener grandes logros. Ríos de sangre han corrido y numerosas aprehensiones de líderes — Nelson Mandela, es el más conspicuo — han tenido lugar en la lucha contra el *apartheid*, que continuará hasta lograr un reconocimiento contundente para la causa de las mayorías raciales en Sudáfrica.

Rubén Páez Miramontes